

INTRODUCCION

El catecismo de la doctrina cristiana compendia brevemente la misión del hombre sobre la tierra: ha sido creado —enseña una de esas concisas respuestas— para que conozca, ame y sirva a Dios en esta vida, y goce de El eternamente en la vida eterna. Esto es lo que la Revelación divina ha establecido, lo que la Iglesia, desde su fundación por Jesucristo, enseña a todos sus hijos. Por eso, causa verdadera alegría reencontrar —después de un estudio teológico profundo— esa formulación sencilla y precisa de las verdades de la fe. Nada ha cambiado: se aprecia mejor lo razonable de la doctrina piadosamente aprendida —*intellectus quaerens fidem*—, se penetra con rigor en las inmensas riquezas de la fe, de un modo ya explícito y claro —*fides quaerens intellectum*—; pero la verdad es la misma.

Esa Verdad divina —única y sencilla en sí misma, compleja y variada en nuestro conocimiento, tan limitado¹— es propuesta a todos por el Magisterio de la Iglesia, en el nombre y con la autoridad de Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios. A esta revelación divina, *el hombre tiene que someterse con fe*². *Por la fe, el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece «el homenaje total de su entendimiento y de su voluntad»*³, *asintiendo libre-*

(1) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 1, a. 2; (2) Cfr. *Rom.* XVI, 26; *II Cor.* X, 5-6; (3) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3, D. 3008 (1789);

mente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe, es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede «a todos gusto en aceptar y creer la verdad»^{4,5}.

En todas las épocas, los hombres han experimentado la tentación de acomodar la fe y la vida cristianas a los deseos no siempre rectos de su corazón. Incluso *hay mucha gente que se dedica a oscurecer las inteligencias, a enturbiar las conciencias. Se presentan —nos advierte el Padre— como siempre se ha presentado el demonio: fingiendo. Vienen con unas manifestaciones de piedad, que son como de oro, y traen debajo el veneno. Herejias que no son novedades, porque se ve que el demonio está agotado y se repite. Pero hay que estar vigilantes.*

Repetidas veces el Romano Pontífice ha denunciado estos errores, pidiendo a los cristianos fortaleza en su fe. *Mientras decae el sentido religioso entre los hombres de nuestro tiempo —decía el Papa con ocasión del XIX centenario del martirio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo—, privando a la fe de su fundamento natural, opiniones exegéticas y teológicas, tomadas muchas veces de las más audaces pero ciegas filosofías profanas, se insinúan acá y allá en el campo de la doctrina católica, poniendo en duda o deformando el sentido objetivo de verdades autorizadamente enseñadas por la Iglesia.*

Con el pretexto de adaptar las ideas religiosas a la mentalidad del mundo moderno, se prescinde de la guía del magisterio eclesiástico, se da a la especulación teológica una dirección radicalmente historicista, se tiene la osadía de despojar el testimonio de la Sagrada Escritura de su carácter histórico y sagrado, y se intenta introducir en el Pueblo de Dios una mentalidad que llaman «postconciliar», que deja a un lado la firme coherencia de los amplios y magníficos desarrollos doctrinales y legislativos del Concilio, con el tesoro de ideas y de normas prácticas de la Iglesia, para despojarlas de su espíritu de fidelidad tradicional y para di-

(4) Concilio Arausicano II, can. 7, D. 377 (180); (5) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 5;

*fundir la ilusión de dar al Cristianismo una interpretación nueva, arbitraria y estéril. ¿Qué quedaría del contenido de nuestra fe y de las virtudes teológicas, que en ella se profesan, si estos intentos, totalmente reprobados por el Magisterio eclesiástico, hubieran de prevalecer?*⁶.

Todas estas tendencias constituyen un serio peligro para muchas personas, cuyo sentido cristiano de la vida puede vacilar ante una verdadera campaña universal que se lleva a cabo con todos los medios. La vida humana tiene a Dios como centro: ésta es la verdad que nuestra vocación apostólica nos lleva a difundir, la única capaz de orientar la vida de los hombres a su destino sobrenatural. *Hijas e hijos míos, los cristianos, los que hemos recibido de Dios el don de la fe, tenemos la misión de hablar en nombre de Dios a los demás hombres: han de dar testimonio de Cristo en todo lugar y, a quien la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (cfr. I Petr. III, 15) (Conc. Vaticano II, Const. Dogm. Lumen gentium, n. 10).*

*Con el testimonio y con la palabra, con el ejemplo y con la doctrina, hemos de hacer que se conozca y que se ame a Cristo; y, por Cristo y en el Espíritu Santo, a Dios Padre: éste es a quien predicamos nosotros, amonestando a todos los hombres —con nuestro testimonio—, e instruyéndolos a todos en la sabiduría —con la doctrina—, para haceros perfectos en Jesucristo, a cuyo fin dirijo yo todos mis esfuerzos, luchando según el impulso que obra en mí el Señor con su poderosa virtud (Colos. I, 28 y 29)*⁷.

Estas consideraciones sobre nuestra fe católica no pretenden ser un tratado completo y exhaustivo; recogen sólo algunos puntos de la doctrina cristiana —según la expone el Magisterio de la Iglesia—, que son hoy de especial actualidad. Su estudio puede proporcionar los fundamentos doctrinales imprescindibles para hablar con sencillez y con rigor de nuestra fe, mostrando sin equívocos —que no pueden llevar a la paz ni a la unión— en qué consiste el sentido cristiano de la vida.

Los hombres tienen en lo más hondo del alma una aspi-

(6) Paulo VI, Exhort. apost. *Petrum et Paulum*, 22-II-1967; (7) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 19.

ración de vida eterna, y esperan de los cristianos el mensaje claro de nuestra fe. Mostremos, con la palabra y con la vida nuestra, cuál es el sentido verdadero de la existencia humana: el que nos endereza al cielo y da a la vez su más alto valor y su mejor relieve a las cosas buenas de la tierra. Queremos que las almas se salven: que crean lo que Dios ha revelado —tal como la Iglesia, depositaria de esa Revelación divina, nos lo enseña—, y que, creyendo, puedan obrar en consecuencia.